

¡cuán fácil me habria sido, evocando los billantes recuerdos de nuestra historia, mostraros como, dondequiera que la Iglesia ha plantado la cruz, dondequiera que ha erigido un altar, se ha visto aparecer, según el favor de los lugares y de los tiempos, esa admirable y poderosa armonía del culto católico y de la belleza artística. Seguid á la vez en los siglos cristianos esos dos rayos que emanan ambos del cielo y se juntan en la tierra para multiplicar recíprocamente su mutuo esplendor; contad, si podeis, todas las obras maestras que el génio cristiano ha creado para embellecer nuestros templos y realzar la magnificencia de nuestro culto; contad al mismo tiempo todas las inspiraciones fecundas que la magestad del culto católico ha suscitado en el alma de nuestros grandes artistas; calculad, en fin, todo lo que desde hace siglos, ha hecho el arte para el esplendor de las pompas católicas, y lo que el catolicismo, por su parte, ha hecho y hace todavía para el esplendor de las creaciones artísticas; entonces, si podeis, negad la alianza del cristianismo y del arte. Al que osara oponer á la evidencia esta negacion insolente, no tendría yo que replicarle mas que estas dos palabras: ¡Mirad á San Pedro de Roma y á Nuestra Señora de Paris!...

Si, Señores: en la Iglesia católica la alianza entre el culto y el arte es tan profunda, tan íntima, tan armoniosa, que se diría que los templos de Jesucristo embellecidos por la Iglesia, se asemejan al templo del arte embellecido por el génio. Allí la religion del amor da por todas partes la mano, con un encanto indefinible, al culto de la belleza; y la arquitectura, y la pintura, y la escultura y la música, y la poesía, y la elocuencia algunas veces conspiran á hacer de las grandes pompas de nuestro culto religioso, espectáculos y armonías, en que lo bello con todas sus manifestaciones, apoderándose á la vez de la in-

teligencia, del corazon, de la imaginacion y de los sentidos, conmueve, encanta, arrebatada, en una palabra, las almas hácia Dios, centro comun de la religion y del arte, de la verdad y de la belleza. Así la humanidad, llevada á la vez por estos dos soplos unidos, el soplo religioso y el soplo artístico, sube, como por su propia virtud y sin esfuerzo, hácia todo lo que hay mas grande, mas puro y mas celeste. El templo católico, con todos sus espectáculos, es el verdadero teatro del pueblo, teatro beatífico y purificador, que da al alma popular esas dulces y santas emociones de la tierra que le hacen presentir algo de los éxtasis del cielo.

Antes de terminar este discurso, Señores, permitidme que lo resuma todo, en un espectáculo que aquí nos es fácil representarnos, espectáculo brillante, en que la belleza por todas partes es hermosada por la belleza, en que la armonía responde á la armonía, y en que la luz multiplica la luz.

Representaos, pues, el templo cristiano, la gran basílica, la vasta y bella catedral católica, ataviada como una esposa el día de sus bodas, y adornada sobre todo con su mas magnífico ornamento, quiero decir, con la inmensa asamblea de los fieles apiñados bajo sus bóvedas y arrodillados sobre su pavimento, llena de su fé, de su esperanza y de su amor. Es un gran día de Dios, una gran fiesta de la humanidad cristiana; ¡estamos en la mañana llena de luz y de perfumes de la resurreccion de Jesucristo! Este día, el sol, como supongo, asociándose al regocijo de la tierra, ha salido radiante y puro, como la frente del divino resucitado: su luz, cayendo de lo alto, como reflejos de la celestial Jerusalem, derrama á través de las naves, de las bóvedas, de las columnas y de los arcos sus centellantes reverberos; sus rayos, atravesando las vidrieras tan espléndida y armoniosamente pintadas, descomponen su brillo, y arrojando aquí

y allí sus hilos de oro, de ópalo, de púrpura ó de azul, esparcen por toda la superficie y hasta sobre la frente de los fieles arrodillados, todos los colores del iris. Artísticamente, ¿qué cosa mas bella y mas santamente conmovedora que este radiante edificio embellecido por toda esta multitud dominada por la emoción? ¡Se diría que el cielo se ha abierto de repente y ha arrojado sobre esta Jerusalem de la tierra una imagen de su eterno esplendor! ¡La nave, el santuario, las columnas, los arcos, las piedras de cada pared, lo mismo que el rostro de cada fiel, todo está transfigurado!

Y luego, como para completar la armonía de esta régia belleza que resplandece á la luz del sol, hé aquí que aparecen las obras maestras de la pintura, de la escultura, y de la estatuaria. Porque para engrandecer en un mismo espectáculo y condensar en cierto modo bajo una misma mirada la manifestación de la belleza, el génio ha respondido al génio: y para poblar este mundo de la belleza religiosa y artística, hé aquí que todas las grandes figuras llevan sobre su frente, al par que el rayo de su santidad, la señal del génio que hace resplandecer su belleza: ved á la Trinidad, ved á Cristo, ved á la Virgen, personificando todos los misterios cristianos. ¡Ved por todas partes á la verdad que toma, para penetrar en las almas, el rostro de la belleza!

Empero, mientras que de todas partes entra la belleza de Cristo en el alma de todo este pueblo hiriendo sus miradas, el silencio reina todavía bajo esas bóvedas misteriosas en que no se oye pasar mas que la respiración de las almas y el soplo de la oración. De repente, en medio de este silencio, que es ya una armonía, el órgano de cien voces lanza en el seno de las vastas naves inmensas olas sonoras: gime, suspira, canta sucesivamente; se diría que son los gemidos del infierno, los suspiros del purgatorio,

las melodías del cielo; se diría que todas estas almas le han prestado su soplo para interpretar todo lo que ellas piensan, profetizar todo lo que ellas esperan, exaltar todo lo que ellas aman: todos creen, todos esperan, todos aman, todos se estremecen bajo estas vibraciones armoniosas y cantan unísonos; diríais que el ángel de la armonía va á tomar todas estas almas arrebatadas por un mismo encanto, y á llevarlas sobre sus alas hasta el paraíso, para hacerlas oír esa música del cielo de que es eco este concierto del templo. ¡Y la poesía sagrada, una poesía á la vez creyente y santamente soñadora, viene á completar la manifestación de la belleza que habla á los oídos, mientras que la arquitectura, la escultura y la pintura perfeccionan las manifestaciones de la belleza que habla á las almas descubriéndose á los ojos! ¿Qué digo? La elocuencia misma, así en los templos mas humildes como en las mas grandes basílicas, la elocuencia cristiana, ese día, reflejando algo del esplendor que se escapa de todas partes y por todas partes, se hermosea ella tambien con la belleza del día: ella tambien se convierte en el arte, dando á la enseñanza, juntamente con la luz de la verdad, el brillo de la belleza, belleza mas intelectual y mas distinta, que hace entender mejor la significación de todas las demás bellezas con que resplandece la Iglesia. ¡Con la proporción y la textura del discurso, imita la arquitectura, con la imagen la pintura, con el gesto y la actitud la estatuaria y la escultura, con la voz la música, y quizá con no sé qué de espontáneo, de viviente y de creado, imitará la poesía, resonará como una lira y estallará como un himno cantado á la mayor gloria de Jesucristo!...

Señores, aquí me detengo: sería superfluo insistir. ¡Todo el que ha visto estos espectáculos y escuchado estas armonías, sabe, de un modo que no lo

olvidará jamás, que el cristianismo es belleza, como es amor y verdad, y que entre el culto del arte y de la adoracion de Jesucristo la alianza es sempiterna!



FIN DE LAS CONFERENCIAS DE 1867.

ÍNDICE.

CONFERENCIA I.— <i>Objeto y naturaleza del arte</i>	Página	3
CONFERENCIA II.— <i>Fin del arte y vocacion del artista</i>	„	37
CONFERENCIA III.— <i>El hombre y el artista</i>	„	70
CONFERENCIA IV.— <i>Causas de la decadencia del arte</i>	„	103
CONFERENCIA V.— <i>El realismo en el arte</i>	„	139
CONFERENCIA VI.— <i>El arte y el cristianismo</i>	„	171

FIN DEL ÍNDICE.

INDICE

CONFERENCIA I.—Objeto y naturaleza del arte	Página 3
CONFERENCIA II.—Form del arte y cor- coron del artista	87
CONFERENCIA III.—El hombre y el ar- tista	70
CONFERENCIA IV.—Causas de la de- cadencia del arte	103
CONFERENCIA V.—El arte en el arte	133
CONFERENCIA VI.—El arte y el cris- tianismo	171

FIN DEL INDICE

D. V. A. N. I.

DEL PADRE FELIX